

José Manuel Pedrosa
El feminismo regeneracionista.

María Goyri.

Edición, introducción y notas de Susana Martín Zaforas
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. C-1, 2024, 231-240
<https://doi.org/10.55422/bbmp/1006>

**MARÍA GOYRI. *EL FEMINISMO
REGENERACIONISTA.* MARÍA GOYRI.
EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS
DE SUSANA MARTÍN ZAFORAS.
PRESENTACIÓN DE JESÚS ANTONIO
CID. SEVILLA. RENACIMIENTO. 2024.**

José Manuel PEDROSA
Universidad de Alcalá
ORCID: 0000-0002-0221-2870

Se ha repetido tantas veces, que ha llegado a ser un lugar común que doña María Goyri (1873-1954) fue una de las pioneras que más empeño puso en abrir brecha en la trinchera en la que el patriarcado tuvo confiscadas la sociedad, la cultura, la educación de finales del siglo XIX y de la primera mitad del XX. Pero para que tal lugar común, inconcreto como todos los lugares comunes, obtuviese la confirmación de los documentos, ha habido que esperar a la publicación de este libro, que recupera los escritos firmados por quien, según otro cliché extendido, no pasó de ser la esposa ilustrada y voluntariosa, la secretaria a tiempo completo o la auxiliar en la sombra de don Ramón Menéndez Pidal. Este libro viene a demostrar que doña María fue, aparte de un pilar fundamental de la vida y la obra de su marido, mucho más que eso: una intelectual relevante, integral, coherente, comprometida, inconformista, con valores, identidad y agenda propios.

Claro que no fueron aquellas trivialidades lo peor que se dijo de ella, si se tiene en cuenta que los servicios secretos de Franco llegaron a conceptuarla (y a vigilarla) como mujer de gran peligro, pervertidora, según ellos, de su voluble esposo. De doña María corrió, por lo demás, la especie de que era más progresista y menos clerical que don Ramón. Y hay, en los escritos aquí recuperados,

signos que pudieran interpretarse en ese sentido, si bien la cuestión debió de ser mucho más compleja de lo que nosotros estamos en disposición de reconstruir o de interpretar. Así, se leen en la p. 152 de este libro unos párrafos sugestivos, que fueron escritos, para ser publicados en Alemania, en unas cuartillas manuscritas de 1901. Se quejaba en ellos doña María de que, a la izquierda del feminismo que defendía (de manera modélica, según ella) la católica practicante y políticamente conservadora doña Emilia Pardo Bazán, se agitaba «el radicalismo extremo [...] acaudillado por Rosario de Acuña que defiende sus ideas en conferencias públicas y artículos de periódico». La tal Rosario de Acuña fue una intelectual orgullosamente feminista, anticlerical y atea, piedra de escándalo en su época, si bien su ideario y actividad no llamarían hoy demasiado la atención y están siendo ahora vigorosamente estudiados y positivamente reivindicados. Lo prueban ensayos muy recientes como *Leyendo a Rosario de Acuña en su centenario. Visiones finiseculares para nuestro milenio* (2003) Madrid. Dykinson. O como Rodríguez, Sandra G. (2023) «Rosario de Acuña (1850-1923): posibles lecturas desde el siglo XXI», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* 99. 65-75. Lo llamativo es que justo a continuación del comentario negativo de doña María puede leerse este añadido con la letra de don Ramón: «Síguenla alguna que otra dama conferenciante, empeñada en la propaganda anticatólica». La interpolación pudiera indicar que a don Ramón le molestaba más que a su esposa la crítica de cierto feminismo «radical» contra la Iglesia. Institución con la que se las había tenido alguna vez, de hecho, doña María, quien dejó testimonio de su indignación por el suspenso en Religión que le endosaron cuando estudiaba en la Escuela Normal, y que le llevó a buscar, para poder seguir abriéndose paso en sus estudios, la vía del bachillerato.

Otras páginas de este libro glosan la vibrante réplica que, cuando María tenía solo dieciocho años, dio en un congreso a Ana María Solo de Zaldívar (1858-1916), pedagoga muy conservadora, feminista de boquilla, que defendía, entre otras barbaridades, que era «de todo punto impracticable que la mujer española» pudiera ejercer las carreras de Medicina y de Derecho (véanse las pp. 35 y 41 de este libro). Pudiera colegirse, en fin, que doña María se movió en una especie de feminismo burgués, de centro, a la sombra del de sus

admiradas Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán y alejada de los extremos más conservador y más librepensador.

Importa matizar que lo que reúne este libro son los escritos, en particular los relativos a la educación y a la promoción laboral y social de la mujer, que produjo doña María en su juventud, entre 1893 y 1905, básicamente. Con algunas adendas relevantes y que vienen muy a cuento, como el diario de 1909 por los Estados Unidos, en el que hay muchos apuntes y comentarios relativos a la integración de las alumnas en el sistema universitario de aquel país. Los escritos que iría publicando en su madurez apuntaron hacia otros horizontes, en especial hacia el romancero y el teatro de Lope de Vega. En su tesis doctoral, que dedicó al tópico folclórico-literario de *La difunta pleiteada*, se daban la mano, de hecho, aquellas dos grandes pasiones: los romances y el Fénix. Pero el que los escritos con su firma cambiasen, desde los inicios del siglo XX, el feminismo por la filología, no indica retractación, sino adaptación a otros cauces por los que discurrir. Cabe pensar, de hecho, que lo mejor de su producción intelectual no sería la feminista que publicó en sus años jóvenes, ni la filológica de la madurez, sino la que se desprendería de la voz oral, el gesto, la interacción personal, la actividad profesional desarrollada en las intensas décadas que hasta su ancianidad dedicó a la pedagogía y a la docencia, particularmente de mujeres: en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, la Residencia de Señoritas, el Instituto-Escuela, el Colegio Estudio... Poca duda puede haber de que aquella actividad absorbente, que no dejó tanto rastro documental, le permitió mantener y trasladar al terreno práctico, hasta edad avanzada, el ideario feminista de sus escritos jóvenes.

La recuperación de aquella producción primeriza ha encontrado una valedora altamente cualificada en Susana Martín Zaforas, quien ha dedicado a doña María exposiciones, conferencias y desvelos de muchos tipos, los cuales es de desear que tengan continuidad, porque de la figura multifacética de Goyri quedan todavía documentos y facetas por recuperar y por reinterpretar. Los fundamentales fondos del Archivo Pedagógico María Goyri / Jimena Menéndez Pidal de la Fundación Ramón Menéndez Pidal han contribuido con los materiales de base, muy enriquecidos con la edición, la introducción y las notas de ella. Al director de la

Fundación, Jesús Antonio Cid, quien publicó en 2016, en la Fundación Ramón Menéndez Pidal, otro título de referencia, *María Goyri. Mujer y Pedagogía-Filología: orígenes familiares, recuerdos de infancia y juventud, semblanzas, bibliografía*, se deben unas nítidas e iluminadoras páginas de presentación: «María Goyri, o el notorio encanto de la discreción».

Susana Martín Zaforas, cuya «Introducción» (pp. 13-115) alcanza casi en extensión a la colección de escritos de doña María que se editan (pp. 117-250), ha elaborado también la bibliografía exhaustiva y el utilísimo «Índice onomástico» del final, y ha hecho la selección e interpolación de una cuidada serie de fotografías: de doña María, de algunos de sus familiares y colegas, de ciertas publicaciones... Aunque lo más notable de su trabajo son la contextualización histórica y sociológica, y la inserción dentro de ese marco de la biografía de la gran pedagoga. Gracias a sus asedios en ese doble frente podemos comprender mejor cómo fue posible que una hija y nieta de madres solteras (estigma grave en su época), miembro de una burguesía ilustrada pero de no muchos posibles (la madre de María se dedicaba principalmente al comercio de tejidos), pusiese tanto empeño en estudiar, en cursar francés, alemán e italiano, en participar desde muy joven en congresos, actos y publicaciones reivindicativos; y en ser, en fin, una de las cuarenta y cuatro mujeres que durante el siglo XIX se matricularon en las universidades españolas, de las cuales treinta y tres se licenciarían y solo ocho se doctorarían. En condiciones nada cómodas, porque, como la propia María recordaba, «tan pronto llegaba yo a la Universidad [Central de Madrid] me conducían al Decanato de la Facultad y encerradita en ese lugar permanecía hasta la llegada del catedrático con quien iba a dar la primera clase del día. Este me colocaba en el primer banco del aula, con objeto de observar cuanto ocurría a mi alrededor, y cuando el bedel anunciaba la terminación de la clase, volvía a conducirme celosamente hasta el decanato» (p. 54). Los inicios habían sido todavía más humillantes, porque si le habían permitido matricularse, en el curso 1891-1892, como alumna oyente de Filosofía y Letras, fue gracias a que iba a clase con su compañera Carmen Gallardo y con su padre, que era militar. Pero cuando el pobre señor falleció, Carmen arrojó la toalla y María tuvo que conformarse con ser alumna libre en el curso siguiente. Todo

ello en un país que, conforme al censo de 1860, sufría un analfabetismo femenino del 86 % y masculino del 65 %. Y en el que las mujeres solo tenían franco el acceso a los empleos de maestra y de empleadas de correos, telégrafos y teléfonos.

Martín Zaforas historia con detalle todos estos hechos y tiene aciertos como el de añadir, al hilo de la colaboración que en 1901 pidió a doña María una importante publicación alemana sobre feminismo, que «en septiembre de 1896, había tenido lugar en el Ayuntamiento de Berlín un congreso feminista de carácter internacional, y, en paralelo, en un salón de la capital, otro de carácter socialista. Ambos congresos ponían de manifiesto la existencia en Alemania de un creciente número de asociaciones que, desde diferentes enfoques, defendían la equiparación de los derechos de hombres y mujeres» (pp. 90-91). Subraya también que, en los Estados Unidos de 1909, el movimiento de defensa de la educación femenina había discurrido en paralelo, a partir de 1837, con el movimiento a favor de la población afroamericana y de su inclusión en las instituciones universitarias. No hay noticias, creo, de que nadie en la España coetánea pidiese abrir la puerta de la universidad a las mujeres esclavas de Cuba o a las mujeres gitanas que vivían por todo el país.

Pudiera haber añadido la editora de este libro que en la Alemania de la época el movimiento feminista se desarrolló en paralelo no solo con el socialista, sino también con el de la reivindicación de los derechos de los homosexuales (justo en 1897 había fundado Magnus Hirschfeld el Comité Científico Humanitario que buscaba la derogación de las leyes que castigaban la homosexualidad), y que en Gran Bretaña el movimiento feminista llevaba décadas asociado al de defensa de los animales, sobre todo al contrario a la vivisección. Puede verse al respecto DONALD, Diana (2021) *Women against Cruelty. Protection of Animals in Nineteenth-Century Britain: Revised Edition*. Manchester. Manchester University Press, en particular el capítulo «Anti-vivisection: a feminist cause?», pp. 179-222.

Traslucen los artículos primerizos de doña María un punto de vista claramente burgués, que en alguna ocasión pone énfasis sobre más sobre la caridad que sobre la justicia social; por ejemplo cuando insta (en 1898) a las mujeres que andan «gastando su dinero

y su tiempo sin saber en qué», es decir, a las señoras de condición acomodada, a que ayuden a los niños vagabundos y a las mujeres obreras (p. 124). Se aprecian también ramalazos de un feminismo corto de vuelos mezclado con otro más audaz y comprometido. El primero asoma en las páginas de aquel mismo año que alababan que en algunas capitales europeas se diesen a las mujeres cursos de corte y confección, cocina, limpieza y arreglo de la cocina, lavado, planchado, limpieza de muebles y de metales, o eliminación de manchas (pp. 126-127). Añade que «me ha llamado la atención el leer que no están las madres muy conformes con estas enseñanzas de trabajos caseros, unas por creer que les incumbe a ellas (está bien que tengan tanto celo de su misión), otras, y esto es más triste, por creer que sus hijas se rebajan y pierden, de aprender otras cosas. En cambio, para la mayoría de las alumnas, estas clases contribuyen un descanso de las enseñanzas orales y se entregan a los trabajos caseros con gusto. Debe presentar un aspecto muy agradable ver un grupo de 10 niñas practicando en una de esas escuelas y aprendiendo a ser en lo futuro buenas amas de casas» (p. 128).

Esta concepción de la educación y el trabajo de las mujeres, que hoy sería considerada retrógrada y sexista, más que feminista, tiene el contrapeso de opiniones más avanzadas, como las que en otro artículo de 1898, «La mujer en el ámbito de las disciplinas científicas» (pp. 129-133), exaltaban las figuras de muchas mujeres sobresalientes en aquel plano, y en países diversos. En otro artículo del mismo año y serie, el titulado «El papel de la mujer en la agricultura y las industrias con ella relacionadas» (pp. 133-137) defiende doña María la aptitud de la mujer para los trabajos agrícolas, aunque, ay, en posición de subordinación al varón. Algunos de sus argumentos resultan, por lo demás, un tanto chocantes: «Va siendo ya grande entre nosotros la concurrencia de muchachas al ejercicio del magisterio, y es excesivo el número de las que siguen la carrera de música con propósito de que les sirva para ganarse la vida, cosa que va haciéndose difícil. En la ciudad hay bastantes mujeres que luchan por la existencia y no hay que dificultar más esa lucha haciendo que acudan las muchachas del campo, cuando ellas tienen otro terreno en que pueden ejercer su actividad de una manera más beneficiosa. No intentamos con esto establecer una barrera infranqueable entre la mujer de la ciudad y la del campo,

sino pretender una educación adecuada a las condiciones en que cada una pueda ser más útil a sí misma y a la sociedad. Es indudable que el hombre es el llamado a sacar nuestra agricultura del triste estado en que se encuentra; pero no es menos cierto que la mujer está obligada a poner de su parte lo que pueda». Apoya estas opiniones, cuyo feminismo se nos antoja hoy un tanto laxo, sobre más informaciones que recibe de Europa y que glosó en otro artículo titulado «La escuela de Heverlee en Lovaina, un ejemplo de capacitación agrícola para la mujer» (pp. 138-140).

El volumen se completa con otros escritos de carácter muy misceláneo. Con un artículo de mayo de 1899 acerca de «El próximo congreso feminista» (pp. 141-144), que saluda con entusiasmo el *International Congress of Women* que se celebraría en Londres entre los meses de junio y julio de ese año, al que no pudo asistir. Embarazada y luego convaleciente del parto de su hija Jimena, doña María trazó un esbozo deshilvanado, pero lo suficientemente denso y argumentado, acerca de «El movimiento feminista en España (Notas para el *Handbuch der Frauenbewegung*, I, 1901)» (pp. 147-169), que fue arreglado, traducido y publicado en alemán, tal y como testimonian «Las traducciones-adaptaciones de las notas de María Goyri por Carolina Michaëlis de Vasconcelos» (pp. 170-191), que la editora de este libro ha tenido el acierto de incorporar, en alemán, al volumen. Hay también una «Evocación de doctor Pulido» (pp. 195-197), quien había sido su admirado profesor de fisiología; y unos apuntes relativos a «Mi juventud. 1885 a 1900 (nota autobiográfica)» (pp. 198-200), que evocan con brevedad los meses de infancia feliz que pasó en la casa de unos molineros en la pedanía de Pesquera, en Piedrahíta (Ávila), para escapar del cólera en Madrid; a continuación hace una rememoración, por desgracia truncada, de los sacrificios que hizo su madre para que ella estudiase.

Perfil propio tiene la sección de entrevistas, que incluye «Cuando las mujeres comenzaron a estudiar» (1929); «El escritor visto por su mujer» (1927); y «En busca de las perdidas infancias: la de doña María Goyri de Menéndez Pidal» (1949). Los entrevistadores fueron L. G. de Linares, Ernesto Giménez Caballero y Florentina del Mar (Carmen Conde), respectivamente. Abundan en informaciones enjundiosas acerca de la vida personal, familiar y profesional de la entrevistada, aunque un poco ensayados o

impostados. Pieza mayor, más íntima y sincera, es el «Diario manuscrito de María Goyri en su viaje a Estados Unidos (1909)» (pp. 223-250), que ofrece apuntes y cartas relativos al viaje que llevaron a su esposo y a ella a París y a ciudades diversas de los Estados Unidos. Son páginas que revelan a una narradora sagaz y atenta sobre todo a la situación de las mujeres que iba descubriendo en aquellas geografías nuevas para ella. No debió ser casual que fuese la ética de una profesora estadounidense, y de alta cualificación científica, la que le llamó, por ejemplo, la atención, al hilo de que «Rockefeller, el rey de petróleo, da mucho para las instituciones de enseñanzas, pero algunas escrupulizan el tomar el dinero porque dicen que este señor adquiere sus millones por medios poco lícitos. A tal punto llevan el escrúpulo que cuando recientemente y después de mucha disensión Smith [College] ha aceptado un donativo de este millonario, la profesora de astronomía presentó su dimisión». Del machismo de un par de profesores norteamericanos, contrarios a la presencia de la mujer en las aulas, también dejó reflejo doña María, aunque sin llegar a emitir ningún juicio negativo: «En Baltimore, que ya se considera como el sur de América solo hace 3 años que la mujer puede asistir a la Universidad y parece que [a] los profesores no les gusta eso. Percy Armstrong, profesor de francés y persona muy inteligente dice que en Maryland las muchachas son muy bonitas y distraen a los muchachos y que, además, estos se casan muy jóvenes. Marden fundaba su descontento en que falta libertad para explicar algunas cosas, como por ejemplo el Arcipreste de Hita que no se atrevía a explicar en una clase mixta» (p. 240).

El libro termina con una anotación muy sugerente, del 22 de abril de 1909, que informa de que «hoy hemos estado por la tarde en la Comédie a ver *La fille de Rolland*. Los actores me han gustado, pero no la actriz ni el teatro. El sábado por la noche iremos a l'Odeon a ver *Le Cid*. Como ves, todo teatro épico (pp. 250-251)». ¿Se enterarían los teatros parisinos de que en aquellos días tuvieron sentados en sus butacas a autoridades en las figuras de Roldán y el Cid tan preclaras como los esposos españoles?

La María Goyri que reflejan estas páginas es, en fin, una escritora y una activista valiente y comprometida que rompió con bastantes moldes de época, aunque no con todos, y más desde una tribuna instalada en el centro burgués que desde ningún extremo

radical, ni mucho menos revolucionario; y una mujer generosa, que no buscó solo su promoción personal y que se volcó en que otras mujeres recibiesen la formación y los medios precisos para acercarse en el escalafón social al podio que ocupaba el hombre. Los escritos que recoge este libro, algunos de ellos solo en esbozo e incluso truncados, se quedan seguramente por debajo de lo que ella hubiese podido aportar de no perder tiempos y fuerzas preciosos en luchar contra prejuicios y barreras absurdamente machistas, y de no haber sido tan desprendida en su entrega a los demás y, sobre todo, a las demás.

En un artículo de 1898, es decir, de cuando tenía veinticinco años, hacía doña María un resumen elogioso del activismo de «una indígena del Canadá, la iroquesa Miss Johnson Telhionwake, que publica en el último número de *La Revue des Revues*, un curioso artículo acerca de las mujeres de su tribu» (p. 132). ¿Qué mujer de la España de la época era capaz de mirar tan a lo lejos, y de ser la primera en escribir acerca de otra mujer que luchaba por sus derechos y que vivía en el otro extremo del mundo? Sobre aquella excepcional mujer iroquesa, cuyo nombre completo era E. Pauline Johnson, hay, por cierto, una bibliografía relevante y que llega hasta hoy. Véase, por ejemplo, Monture-Angus, Patricia (2009) «Women's Words. Power, Identity and Indigenous Sovereignty», en Monture-Angus, Patricia y Mcguire, Patricia D. (dirs.), *First Voices. An Aboriginal Women's Reader*. Toronto. INANNA. 116-125. A María Goyri nadie le puede quitar el mérito de haber sido una de las primeras personas en interesarse acerca de ella.

La recuperación, en libros tan solventes como este, de la vida y la obra de doña María Goyri, debe servir, por lo demás, de recordatorio de lo que queda por hacer. Antes que ella vivió, anotó folclore y rompió moldes, por ejemplo, la hasta hoy poco considerada y estudiada Elena Cipriana Álvarez Durán (1828-1904), madre de Antonio Machado y Álvarez, «Demófilo». Por suerte, los avances siguen, lentamente, produciéndose. Hace poco ha visto la luz, por ejemplo, un libro excepcional de Mazuela-Anguita, Ascensión (2021) *Alan Lomax y Jeanette Bell en España (1952-1953). Las grabaciones de música folclórica*. Madrid. CSIC, que reivindica el trabajo relevante de otra mujer que se movió en el campo del folclore y cuyo nombre había quedado hasta ahora absolutamente

cegado por el del hombre. Algo se está moviendo, y en la buena dirección por fortuna, en la historiografía del trabajo intelectual de las mujeres en España.